

La educación comunitaria extrañará a Lola Abiega

Hace pocos días murió Lola Abiega y me parece necesario identificar sus huellas y anunciar su ausencia.

Pensar en Lola es pensar en ella junto a un ejército de personas convencidas de que los menores de siete años son personas con pensamiento crítico, propio y creativo. Porque lo que hizo Lola a lo largo de 50 años ininterrumpidos —a veces como asesora, a veces como coordinadora o gestora y siempre como amiga— fue creer en los niños menores de siete años y propiciar condiciones para que, en espacios comunitarios, encontraran protección, recursos, estímulos, contención y acompañamiento incluyente, cálido y creativo.

Por la energía de Lola y muchos otros, a partir de los años sesenta, florecieron en los espacios urbanos, centros comunitarios en los que las mujeres de colonias y barrios (conocidas como madres educadoras) en vinculación solidaria con familiares y vecinos, ofrecían su tiempo y su talento informado brindando a los niños seguridad, nutrición y cercanía y haciéndoles propuestas de juego, lectura, diálogo y trabajo educativo.

Para favorecer la calidad profesional en esta oferta, Lola y un equipo de especialistas diseñaron, editaron, publicaron y distribuyeron un modelo (*Nezahualpilli*) escrito con rigor y lenguajes sencillos. Así favorecieron un importante proceso de educación abierta en el que participaron muchas personas distintas (madres educadoras, padres y madres de familia, tías y abuelos, bibliotecarios y vecinos). Este proceso despertó en las colonias inquietudes intelectuales y sociales, suscitó importantes movimientos reflexivos y favoreció prospecciones compartidas y acciones consensuadas. Ahí donde aparecía una estancia infantil, nacían con ella la charla, la investigación, el diálogo y el debate.

La intención siempre fue profesionalizar el trabajo que las comunidades ofrecían a los niños y profesionalizarlo en el mejor de los sentidos, en el que —recurriendo a la etimología de la palabra— explica Derrida (lo parafraseo de memoria): profesional viene de profesar que significa declarar abiertamente ante otros un compromiso, expresar por lo tanto una promesa de acción comprometida. Hacer una profesión (sigo parafraseando de memoria a Derrida) es declarar en voz alta lo que se es, se cree y se quiere ser, pidiéndole al otro que crea en lo que uno profesa. Y las comunidades creyeron en las madres educadoras que —con el apoyo de acompañamiento formativo y talleres concertados por Lola— mantuvieron en alto sus profesiones.

Los tiempos cambiaron junto con las leyes y llegó un momento en el que se volvió imperante contar con una licenciatura para ofrecer esta atención educativa. Y una gran parte de las madres educadoras no tenía siquiera el título de secundaria. La educación comunitaria, por ahora, ha encontrado un obstáculo.

En estas circunstancias, la inesperada muerte de Lola Abiega nos deja a todos los que la queremos con las manos cargadas de preguntas y nos invita a profesar que busquemos y buscaremos rutas alternativas para que, en el seno de las sociedades y de maneras autónomas, siga viva la educación abierta, la educación significativa y pertinente, la educación comunitaria que invita a muchos a profesionalizar sus actos por pudor, por compromiso y por el gusto de hacerlo, con independencia de títulos y grados.

Luz María Chapela